

cumento. Si no partís, tendré que delataros como un estafador.

—Yo cumpliré mi palabra,—dijo Américo.—

—No teneis tiempo.

—Os juro que cumpliré mi palabra.

Y partió para Luca.

Capítulo VII.

El peregrino.

Don Alfonso tenía una heredad en uno de los risueños prados que hay entre las montañas más próximas á Luca.

Un matrimonio jóven cuidaba de su hacienda.

Al día siguiente de la muerte de Esperanza se presentó con la niña á sus colonos.

—Vengo á pedirós un favor,—les dijo,—en pago del cual labraré vuestra fortuna.

La jóven, que se llamaba Teresina, dotada de una gran penetracion, comprendió desde luego que un inmenso pesar laceraba el corazon de don Alfonso.

Al ver la niña que llevaba en sus brazos, sintió vivos deseos de acariciarla, porque era encantadora.

Pero se contuvo, y deseosa de saber lo que ocurría, se atrevió á dirigir la palabra á don Alfonso.

— Hablad, señor,—le dijo,—ya sabeis que somos vuestros servidores.

—Esta pobre criatura,—dijo don Alfonso,—ha perdido á su madre, que era mi esposa, y vengo á confiárosela para que cuideis de ella hasta que yo vuelva á reclamársela.

—Con alma y vida la cuidaremos,—dijo Teresina,— y no dudeis, señor, que á nuestro lado vivirá muy dichosa.

Tambien nosotros tenemos una hija, que debe llevarle muy poco tiempo.

Las dos crecerán juntas, y os aseguro que nuestra gratitud es tal, que antes velaremos por esa niña que por la nuestra.

—Todos los meses recibireis una pension,—prosiguió el anciano,— y desde luego os liberto de pagar el arrendamiento de la heredad.

—¡Cuán bueno sois!

—Pero habeis de cuidar de esta niña con el mayor esmero. Toda mi fortuna es para ella. Al asegurar su porvenir, aseguraré el de vuestra hija.

—Y vos, señor, ¿volveis á España?

—No; yo permaneceré en Florencia. Todos los meses vendré á veros. Si Dios dispone de mí, dejaré á una persona encargada de continuar dándoos la pension y de entregar á esta niña cuando llegue á los diez y seis años toda mi fortuna.

—¿Cuál es su nombre?—preguntó Teresina.

—Su nombre es Esperanza.

Don Alfonso entregó un bolsillo de dinero á la

aldeana, depositó en sus brazos á la niña y partió.

Quando llegó Mauricio, el esposo de Teresina, le comunicó ésta lo que habia pasado, y uno y otro consideraron como una suerte el que don Alfonso hubiera pensado en ellos para confiarles su hija.

Don Alfonso volvió á Florencia, y allí supo la muerte de su esposa.

La amaba de verdad.

Su dolor fué inmenso.

Hacia ya tiempo que no lloraba, y sin embargo, sus ojos se inundaron de lágrimas.

Una idea cruzó por su imaginacion.

Cerca de Luca, cerca tambien de su heredad, habia un convento de camaldulenses.

Para encontrar alivio á sus penas, buscó los brazos cariñosos de la religion.

Su único afan, á partir de aquel momento, fué encontrar un asilo en aquel convento, desde el cual podia velar por el único recuerdo que le habia dejado su esposa, recuerdo que, aunque doloroso, era un consuelo para él.

La niña era el retrato de su madre.

Trascurrieron algunos dias, y Teresa y Mauricio cuidaban con el mayor esmero á aquella niña, que debia ser más tarde hermana y protectora de su hija.

Una noche, despues del toque de ánimas, oyeron golpes en la puerta de la heredad.

—¿Quién es?—preguntó Mauricio, asomándose á la ventana.

—Un pobre peregrino que vá á Roma,—dijo una

vóz;— os agradecería me admitiéseis en vuestra casa para pasar la noche. Estoy cansado, tengo necesidad, y os ruego que os apiadeis de mí.

— Esperad un poco, hermano,— dijo Mauricio;— voy á abrir la puerta.

Aún no se habian acostado. Hicieron entrar al peregrino en su hogar, y conolidos de su desgracia le ofrecieron una abundante cena.

— Dispensadme,— les dijo el peregrino;— yo me dirigia hácia el convento que, segun me han indicado, está cerca de aquí. Pero la noche está muy oscura, he temido perderme; además me faltaban fuerzas para andar, y por eso he implorado vuestra protección.

— Habéis hecho bien,— contestó Teresina;— en nuestra casa, aunque somos pobres, partimos cuanto tenemos con los necesitados.

— ¡Dios os bendiga!
— Ya nos colma de bondades.

— ¡Sois dueño de esta heredad?
— ¡Oh! No; pero bien puede decirse que lo somos, porque aun cuando no es nuestra, nuestro amo es tan generoso que nos deja disfrutar de ella sin exigirnos remuneración.

— Ese es un premio que os dá el cielo por las virtudes que atesorais. Pero aún sois jóvenes,— añadió el peregrino;— ¿cómo podeis vivir tan apartados del mundo?

— Somos felices, y no necesitamos más bienestar que el que aquí tenemos.

— ¡Eso quiere decir que sois marido y mujer?

— Para lo que gustéis mandar, hermano.

— ¡Y no teneis hijos?

— Sí,— contestó Mauricio.

— Tenemos dos,— se apresuró á decir Teresina.

— ¡Dos ya?

— Sí, dos niñas gemelas.

El peregrino se sorprendió.

Después de cenar:

— Estareis muy cansado,— dijo Mauricio;— voy, voy á llevaros á vuestro aposento.

— En cualquier parte pasaré la noche.

— ¡Pues no faltaba más! Tenemos cama para los huéspedes, y no os vendrá mal dejar caer vuestro cuerpo sobre un mullido lecho.

— Ese es demasiado lujo para los pobres peregrinos como yo.

— Todos los hombres somos hermanos. Justo es que los que tienen den á los que no tienen.

Mauricio llevó al peregrino á una habitación aislada de la casa, en donde habia un cómodo lecho, y dejándole allí, se retiró á dormir.

— ¡Qué es esto, Dios mio?— se preguntó Américo, que como habrán comprendido nuestros lectores, este era el peregrino.— ¡Dos hermanas gemelas!

Eso no puede ser; sin duda alguna tenían una hija, don Alfonso les ha encargado que oculten á todo el mundo el origen de la niña que les ha confiado, y han convenido en decir que son gemelas.

Pero si se obstinan en afirmarlo, y yo no encuen-

tro medios de hacerles confesar la verdad, aun cuando logre realizar mi deseo, ¿no puedo equivocarme, no puedo apoderarme de su hija y dejar en el abandono la mía?

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, inspiradme en esta situación!

El resto de la noche le pasó en el insomnio.

Pidió á su imaginacion los medios de resolver aquel difícil problema, y aunque habia visto algunas veces á su hija, aunque procuraba componer en su memoria las facciones, los detalles más insinificantes de aquella hermosa niña, era tan difícil no equivocarse, que desesperado y cediendo al cansancio, más bien dominado por el sopor de la fiebre que por el sueño, quedó dormido.

Al día siguiente estaba el sol en medio de su carrera, y todavía no se habia presentado en el hogar el peregrino.

Dos ó tres veces habia entrado en su habitacion Mauricio, y le habia hallado en aquella especie de aletargamiento.

Temiendo que estuviera enfermo, se atrevió al fin á despertarle.

—¿Os encontrais mal?—le preguntó.

—Sí,—dijo Américo;—yo no sé lo que siento, pero mi pulso arde.

—Quedaos en el lecho.

—No; necesito partir.

—De ningun modo. ¡Pues no faltaba más, que estando enfermo os pusiérais en camino!

—¡Harto me habeis favorecido! Yo no debo abusar de vuestras bondades.

—No hay tal abuso. Quedaos aquí, os lo suplico. Por mi parte os aseguro que no os dejaré marchar hasta que esteis completamente restablecido.

—¿Cómo podré pagares tanta generosidad?

—Accediendo á mis ruegos y dejándoos cuidar.

Poco despues entró Teresina, llevándole una taza de un rico caldo y un vaso de vino añejo, capaz de dar vigor á los más débiles.

Por la tarde estaba la aldeana en la puerta de su casa, bajo el emparrado, mirando una cuna, en la que estaban las dos niñas.

El peregrino la sorprendió.

Pero mucho antes de que se apercibiese de su presencia, habia estado Américo desde la puerta contemplando á las dos niñas y experimentando las consecuencias de la lucha que la incertidumbre habia hecho estallar en su alma.

—¿Cómo es eso?—dijo Teresina.—¿Os habeis levantado?

—Sí; me siento mejor y deseo partir.

—De ningun modo. Me ha encargado mi esposo que no os deje marchar hasta que esteis completamente bueno.

—En ese caso, obedeceré sus órdenes. Pero dejadme que contemple á vuestras hijas; ¡qué hermosas son!

Y al pronunciar esta frase se le ocurrió una idea.

—No pueden negar que son hermanas,—añadió.

—¿No es verdad que no?—dijo Teresina.

—Tienen todo el aire de familia; sin embargo, hay una cuyos ojos son más expresivos.

—¿Cuál, cuál de las dos?—preguntó Teresina.

—Esta,—repuso Américo, señalando á una de las dos, y observando al mismo tiempo la impresion que producía en la aldeana.

—¡Ah! Sí; teneis razon,—exclamó ébria de alegría.—Efectivamente, no lo habia reparado; pero Marieta tiene los ojos más azules, más vivos.

—La otra es mi hija,—pensó Américo, grabando en su alma las facciones de Esperanza.

Teresina cogió en brazos á Marieta y la acarició con entusiasmo.

No habia duda.

Aquella era su hija.

Si la madre no hubiera estado tan entusiasmada con su vástago, habria notado las lágrimas que la emocion hacia asomar á los ojos de Américo.

La suerte no tardó en favorecerle más áu.

—Mucho tarda Mauricio.—dijo la aldeana.

—¿Le necesitais para algo?

—Para que se quede en casa cuidando de las niñas. Yo tengo que ir al pueblo á hacer algunas compras, y no quisiera volver de noche.

—Pues id sin miedo,—dijo Américo;—yo me quedaré aquí con ellas, y no les faltará nada.

—Casi estoy tentada de seguir vuestro consejo.

—Hacedlo,—dijo Américo.

—Sí; voy en un momento, y si viene Mauricio po-

deis decirle que os he dejado al cuidado de las niñas; yo no tardo ni media hora

Teresina dió un beso á su hija, otro á Esperanza en seguida, para que no notara el peregrino su predileccion, y luego volvió á dar otro beso á Marieta.

No bien habia bajado la cuesta que separaba la heredad del camino:

—Valor,—se dijo Américo;—no tengo tiempo que perder. Ha ido al pueblo, y yo puedo tomar por distinto camino. He estudiado perfectamente los atajos que me pueden conducir inmediatamente á Luca. Mauricio puede venir... Voy á pagar las bondades, la hospitalidad de estas pobres gentes cometiendo un crimen; pero el deber es antes que todo: necesito salvar mi hija, llevarla á mi lado, consagrarle mi vida.

Y cogiendo precipitadamente á Esperanza, trazó en un papel estas líneas, que dejó sobre la cuna:

«No busqueis á la niña que os falta. Los esfuerzos que hagais para encontrarla serán inútiles.»

Mirando á todas partes, temeroso de que le sorprendieran, se alejó de la heredad, se refugió en un bosque hasta que fuera de noche, y aprovechándose de la oscuridad, avanzó, poseido de un inmenso temor, llegando poco antes de amanecer á Luca.

Antes de entrar en la ciudad abandonó su traje de peregrino y pidió alojamiento en un meson.